

A movie poster for 'El Gran Dragón Negro'. The top half features a close-up of a young girl's face with a serious expression. Below her, a steam locomotive is shown from a low angle on a track, moving towards the viewer and emitting a large plume of white steam. The background is a hazy, atmospheric landscape.

**EL GRAN
DRAGÓN
NEGRO**

*Clara
Fuertes*

El gran dragón negro

CLARA FUERTES

Marzo 2018

Título: El gran dragón negro.

©Clara Fuertes @Todos los derechos reservados

Portada: Alexia Jorques

*Un hombre solo es un hombre
aunque en su cuerpo lleve escrita una historia.
Alguien que te piensa te da vida,
porque tú, sin quererlo,
vas dejando ausencia en todo lo que miras.*
Fernando Sarría

*Dedicado a todos los niños del gueto de Terezín,
a los que fueron artistas y poetas,
a los que soportaron el encierro jugando,
a los que soñaban con un mundo mejor,
a los murieron sin encontrar una sola razón,
a los que volvieron y le mostraron al mundo todo su dolor.*

La vista atrás...

Bajo nuestras ventanas espera paciente el gran dragón negro.

Me gusta mirarlo, sobre todo al alba, cuando la luz se refleja sobre su lomo recién pintado. También cuando llega desde Praga, bramando, enfadado, humeando de gris el horizonte.

Sin embargo, cuando parte, lo eludo siempre, no puedo soportar su visión, ni el cementerio de vidas que se van, que se alejan, encerradas en vagones, hacinadas como animales.

Es la cara más amarga del adiós y de la propia muerte.

En este mismo tren llegué yo, hará ahora ya casi dos años.

¡Dos años!, ¡qué lento pasa el tiempo en este lugar!

Tengo la impresión de haber envejecido cien y tan solo acabo de cumplir catorce años.

El vestido negro de mamá

*Una vez fui un niño, hace tres años.
Un niño que ansiaba ver otros mundos.
Ya no soy aquel niño,
he visto el dolor,
he conocido el miedo.
Palabras sangrientas y un día muerto.
Allá en la lejanía la niñez duerme dulcemente.*
HANUS HACHENBURG
(12.7.1929 10.12.1944)

El día en que comenzó todo no fue como los demás. Mamá se vistió de negro de la cabeza a los pies cuando el ejército nazi entró en Praga, nuestra ciudad, aquella, parece ya lejana, mañana de marzo de 1939.

El cielo se cubrió de grandes nubes grises sembrando el caos; los aviones nos sobrevolaban haciendo mucho ruido. En la calle, el clamor de los camiones y las botas militares retumbaban. Las ventanas de toda la casa vibraban.

Mamá decía que la guerra había vuelto loco al mundo y que en ningún lugar estaríamos a salvo. Decía también, mientras pasaban los meses, que la esperanza moriría con ellos, con nosotros, cada día, bajo los zapatos ennegrecidos, bajo el emblema del nazismo, bajo sus brazos alzados y su encarnada cruz gamada. Nos convencía de que no serviría para nada huir, que era demasiado tarde, porque ya nos lo habían robado casi todo, la libertad, el trabajo, la educación, los sueños y la sonrisa. Me aseguraba, mientras me daba las buenas noches y me envolvía suavemente entre mis sábanas bordadas de hilo y perfumadas de lavanda, que no se llevarían nada más, y que pese a todo, pese a ellos, conservábamos lo más preciado, la vida, nuestra identidad, la fe y, sobre todo, la dignidad.

Lo decía muy alto, casi con orgullo, levantando el mentón con cada sílaba: ¡Dignidad!

Sí, eso decía ella, mamá.

Pero mamá estaba equivocada.

Cuando ella hablaba en casa, a salvo de oídos chismosos y delatores, y aunque yo no entendiese nada de lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, su voz me tranquilizaba; pero sus ojos me inquietaban. Los tenía siempre rojos, ¿mamá lloraba?, ¿y papá?, ¿por qué papá había dejado de tocar el piano?, ¿por qué paseaba por la casa sin cesar, arriba y abajo, con aire pensativo?, ¿por qué ya no entraba la luz por los grandes ventanales?, ¿por qué las cortinas de terciopelo granate estaban siempre echadas?, ¿por qué las noches nos sobresaltaban con rumores, cristales rotos, gritos y motores de coches que iban y venían incesantemente?, ¿por qué mis padres permanecían despiertos, escondidos, mirando por las rendijas la calle?, ¿por qué me prohibían encender la luz o hablar alto?, ¿por qué rezaban todo el tiempo cogidos de la mano cuando creían que no les escuchábamos y le pedían a Dios que protegiera a nuestra familia?, ¿por qué habíamos dejado de ser normales?

Tenía tantas preguntas sin respuestas, ¡tantas dudas!

A las mías se le unían otras, sobre todo las que mamá pronunciaba en voz baja, en susurros casi, como si fuesen lamentos, cuando nos creía dormidos, mientras se aferraba a papá con fuerza y desesperación. ¿Qué crees que sucederá?, ¿vendrán a detenernos?, ¿por qué se llevan solo a los judíos?, ¿por qué nos detienen?, ¿a dónde nos llevan?, ¿por qué nadie hace nada para evitarlo?

Papá no respondía nunca a mamá, su voz parecía haberle huido desde hacía semanas, y si hablaba se le quebraba. Sin embargo, le acariciaba la nuca y el rostro con tanta ternura para calmarla que casi envidiaba su honda tristeza.

Cuando me escabullía hasta la habitación con el corazón encogido y me metía en la cama de mi hermana Ru-

th, ella me censuraba con la mirada. Después, me abrazaba muy fuerte.

Comencé a ver, a entender mi mundo, desde otro prisma, sobre todo cuando salíamos a la calle, algo que cada día que pasaba hacíamos con menor asiduidad.

El dilema llenaba mis minutos, la perplejidad era continua, las dudas y una incesante sospecha por todo, por todos los que me rodeaban.

Me moría de miedo, y mamá también. Desconfiábamos del mundo, de los vecinos, de las familias del parque, de la gente que transitaba por la calle, de los dependientes de las tiendas, de los maestros, de la policía... A mamá le sudaban mucho las manos en la calle y mis dedos se le resbalaban continuamente. Cuando le sucedía, sacaba de la manga el pañuelo, de hilo blanco bordado con sus iniciales en violeta, su color favorito, y se las secaba con vigor. Después, me apretaba más fuerte, demasiado fuerte, hasta que mis dedos se me adormecían, haciéndome muchas cosquillas.

Me musitaba todo al oído, cualquier cosa, aunque lo que dijese no fuese importante, y siempre estaba pendiente de quién se nos acercaba, por delante o por detrás. Me llamaba la atención cuando hablaba con extraños o me paraba más tiempo del debido en un escaparate. Nuestros vecinos se habían vuelto, de pronto, posibles enemigos, delatores, acusadores y mamá estaba convencida de que hablaban a nuestras espaldas, de que nos observaban todo el tiempo.

Nos ensordecían las órdenes que daban los soldados alemanes al pasar, la dureza con la que escupían aquellas palabras completamente desconocidas para mí. Sonaban a ladridos de perro fiero. Nos sobrecogía la rigidez de sus pisadas negras, y sus ojos azules cubiertos de escarcha. Detestaba la nueva moda que nos habían obligado a poner; cosida en cada prenda llevábamos una gran estrella

amarilla de David. Era bonita y tenía seis puntas, pero, ¿por qué tan solo la lucíamos nosotros, los judíos?

¿Por qué?

La estrella lo cambió todo.

Mis amigos dejaron de serlo, y la estrella fue la causante; ella me convirtió en un ser diferente.

Me hizo visible.

Y vulnerable.

Un día le escuché decir a una mujer por la calle: «Los judíos son nuestra desgracia» y el señor que estaba a su lado, —imagino que sería su marido—, le dio la razón, pero, ¿por qué asentía?, ¿nos conocía acaso?

¿Por qué?, quise preguntarles con lágrimas en los ojos, ¿por qué somos una desgracia?

Pero mi madre tiró de mí con fuerza y se irguió creciendo casi un palmo.

Desde aquel día lloré mucho sin llorar, lloraba todos los días, lloraba a cada momento y mi llanto se hizo más intenso y alto, también se hizo bajito y silencioso, y cuando comencé a sentir la burla y el desprecio de los otros niños por la calle, entonces, dejé de salir a jugar y me refugié en casa.

La desconfianza paralizó mis días.

Luego llegó lo del colegio y su prohibición, pero ya ni siquiera me importó demasiado, había perdido el interés por aprender, o por salir, ¿me serviría para algo encerrada entre cuatro paredes cada día más oscuras y tristes?

Nuestro pequeño mundo se había vuelto, de pronto, hostil, y muy dañino, y yo seguía sin entender nada. ¿Qué habíamos hecho?, ¿ser judíos?, ¿es que no éramos judíos antes?, ¿es que ser judío era algo malo?

¡Ya nos vamos!

*Quince camas. Quince placas con sus nombres.
Quince personas sin ningún linaje.
Quince cuerpos torturados.
Quince cuerpos que quieren vivir.
Quince cabezas rapadas.
Treinta ojos que buscan algo de tranquilidad.
La belleza del aire huele raro.
Las enfermeras traen los termómetros,
mientras las madres se pierden detrás de sus sonrisas.
No quiero irme, ni dejar las habitaciones con luz,
ni las mejillas ardientes.
Quiero quedarme y seguir enfermita,
esperar la visita diaria de los médicos
y después de mucho, mucho, mucho tiempo, ponerme
bien.
Solo entonces me gustaría vivir,
y regresar a casa.
Autor desconocido*

El terror me dejó sin habla durante meses, cuando varios soldados irrumpieron en nuestra casa en pleno día.

La escalera enmudeció.

Nadie nos ayudó. Ningún vecino se asomó a ver qué ocurría; las puertas permanecían cerradas a cal y canto; detrás de ellas, sus dueños, estoy segura, estarían temblando, como lo hacíamos nosotros.

Imaginé decenas de ojos mirando, familias enteras atónitas, guardando silencio, encogidas por el pánico, quizá rezando. Ni siquiera la portera, atenta siempre a todo lo que ocurría en nuestro edificio, hizo acto de presencia.

Nuestro entorno se había evaporado, justo en el momento en el que a nosotros se nos llevaban.

Pero, ¿a dónde?, ¿a dónde nos llevaban?

Creí que nunca recuperaría la voz, ni las palabras, pero cuando volvieron, lo hicieron con fuerza, con nostalgia, con desconfianza, con la verdad de la noche y de cada madrugada, con el calor de los días soleados, y la humedad gris. Las palabras volvieron con el llanto, con toda mi tristeza y la desesperación de quedarme sola, porque se llevaban a mamá y a Ruth en el tren; ¡se las llevaban!... Y se iban sin mí.

Fue entonces cuando grité, con toda mi alma, por toda la impotencia de la soledad que me dejaban.

En medio de aquel gran patio, donde a veces jugábamos a la pelota o a la comba, en medio de aquel cuartel convertido en gueto, de aspecto deslucido, de sombras, de desaliento, yo pronuncié las primeras palabras desde hacía meses... Después, después llegarían muchas más, después me saldrían a borbotones:

—¡Nooooooooo!, ¡mamá, no te vayas!, ¡nooooooooo!, ¡por favor!, ¡mamá!, ¡Ruth!, ¡noooooo!

Alguien me arrastró hacia adentro, alguien me dio una patada en el estómago, alguien me partió en dos mitades; el dolor me veló la visión, oscureció la mañana y mi pena se hizo todavía más profunda; percibí que ese alguien me recogía del suelo y me arrastraba con torpeza por los pasillos tirándome del cabello.

Y luego no quedó nada, ni un recuerdo.

Hasta que desperté.

Estaba tumbada en una camilla, en la sala de la enfermería.

Nunca había estado en un hospital, pero aquellas paredes me parecieron el paraíso en comparación con el resto del gueto. Alargué todo el tiempo que pude mi estancia allí, simulando una debilidad que no sentía.

Mi tristeza era espesa, como la nube de vapor que acompañaba al tren al llegar y al partir; no sabía cómo afrontar que, afuera, al cruzar el umbral de la enfermería, estaría completamente sola.

De pronto, todas las frases que no había articulado durante meses salieron a trompicones, y todas ellas tuvieron una única destinataria, Arabella, la enfermera que me cuidaba.

De mi voz aguda y aniñada salieron recuerdos tristes, amargos y otros muchos, la mayoría felices. Ella me escuchaba sonriente mientras iba y venía.

Y también, a veces, se sentaba conmigo...

«¡Ya nos vamos!», me susurró mamá abrazándome con fuerza cuando llamaron a nuestra casa aquellos soldados.

Recuerdo a papá delante de la puerta, con la mano en el pomo, con el miedo pintado en el rostro, con la indecisión en la mirada.

Recuerdo a mamá, llorando unos metros por detrás, a mi lado, implorándole que no abriese, pidiéndonos silencio.

Pero papá abrió. Y mamá chilló muy fuerte justo un segundo después.

Allí, en el mismo centro del salón, se desató el infierno. Los soldados nos gritaban mucho, tanto que yo me tapé los oídos, porque me ensordecían sus palabras y me refugié en mi cuarto corriendo. Desde allí, escuché cómo tiraban cosas, cómo rompían la porcelana antigua, los vasos, los jarrones; escuché cómo mamá imploraba, cómo les pedía que pararan, cómo la voz de mi padre era inaudible; escuché el recuento y nuestros nombres pronunciados a gritos una y otra vez. Me sacaron de la habitación gritando mi nombre y dándome un buen empujón.

Sin embargo, en sus voces se percibía cierto nerviosismo. Les faltaba alguien. Mi hermano pequeño, Josef. Pero mamá lo negaba con tal frialdad que hasta yo dudé de haber tenido alguna vez un hermano pequeño. Los soldados insistían e insistían, señalaban con el dedo, en sus listas aparecía un muchacho, ¿dónde estaba ese muchacho?, le

seguían gritando. Y mamá seguía negándole, con empeño, con el rostro, con el cuerpo, con las palabras, con muchas lágrimas.

Y entonces lo comprendí todo, mamá negaba a Josef para salvarle.

Los soldados, como locos, comenzaron a registrar la casa. Abrían y cerraban puertas, rompían los muebles a patadas, miraban en los armarios, debajo de las camas, de los colchones, tiraban las ropas al suelo, pero nada de lo que hicieron les sirvió. Josef no apareció. Había salido por la mañana a jugar al parque con varios amigos del barrio, todos judíos. Desde que nos habían prohibido acudir al colegio, los muchachos pasaban allí multitud de horas perdidas, jugando, holgazaneando.

Con grandes aspavientos, los soldados salieron hacia la escalera, y comenzaron a aporrear en la puerta de la casa de los vecinos de enfrente. Achicados, nuestros vecinos abrieron y los soldados invadieron también su hogar. Vociferaban mucho. La señora Hana lloraba y escondía su rostro entre las manos. Les preguntaron por Josef y ellos, disimuladamente, miraron a mamá. Ella les imploró con un imperceptible gesto que negasen su existencia.

Y nuestros vecinos entendieron.

Callaron. Mintieron. Fue tan solo un pequeño gesto, pero fue suficiente, todo un mundo para mamá.

Los soldados se calmaron y volvieron a nuestra casa. En nuestros vecinos se podía confiar, diría uno de ellos, no eran sucios judíos.

¿Entendería alguna vez Josef —cuando volviese a casa—, que nos hubiéramos marchado sin él?, pensaba yo.

Sollozando en un rincón del salón, mamá me tendió la mano, me abrazó y me miró a los ojos. ¡Había tanto amor en ellos!, ¡tanta amargura!

De su mano, entré en mi habitación, en nuestra habitación. La compartía con Ruth, mi hermana mayor. Mamá

sacó una pequeña maleta de cuero marrón de debajo de la cama y nos dijo en voz baja:

—¡Meted solo lo imprescindible, y hacedlo rápido!, ¡nos vamos!

—¿Adónde? —pregunté yo desconsolada.

Mamá me miró con tristeza y, acariciando mis mejillas, se llevó, como un tesoro oculto, mis lágrimas entre sus dedos.

No hubo respuesta.

Ruth y yo fuimos metiendo atropelladamente en la pequeña maleta de cuero marrón algo de ropa. Al final, en el poco espacio que nos restó, decidimos amontonar lo más necesario, nuestros recuerdos.

Escondimos los lapiceros y la cuerda para saltar entre los vestidos, un cuaderno nuevo para dibujar o escribir, una foto de mi amiga del alma Dorit, mi diario ya casi terminado, unas cintas de distintos colores para el pelo, la medalla que había ganado Ruth cuando participó en un concurso de poesía y le concedieron el primer premio y varios libros, todos suyos.

A Ruth le encantaba leer.

Antes de partir, mi madre volvió a nuestra habitación. Sopesó la maleta y meneó la cabeza.

—Pesa mucho —dijo tristemente—, no podréis cargar con tanto.

—Esos soldados parecen fuertes —dije yo entonces.

—Escúchame bien, Alena, esos soldados de ahí fuera no van a llevar tu equipaje; esos soldados no son nuestros amigos, ¿lo entiendes? ¡Bien!, y como no nos demos prisa, nos sacarán a empujones y entonces no podremos llevarnos nada o, peor, nos matarán aquí mismo, en nuestro propio hogar. Os lo dije bien claro, solo lo imprescindible.

—¡Está bien mamá! —intervino Ruth—, intentando calmarla, se pueden descartar algunas cosas. Y, volviendo a abrir de nuevo la maleta, recogió todos sus libros, la medalla y mi viejo diario y los depositó encima de la cama, mien-

tras mamá se movía inquieta haciendo círculos por la habitación. Quise protestar, pero sus lágrimas me lo impidieron. Yo también debía colaborar. Entonces, mamá sacó unas tijeras del bolsillo y nos indicó, con el dedo índice sobre sus labios, que guardáramos silencio. Se llevó la tijera hasta su propia trenza y, en la parte más alta, cortó sin pensarlo. Algunas guedejas se esparcieron por el suelo.

Sorprendidas, vimos cómo mamá se agachaba y con mimo y destreza volvía a trenzar su cabello anudándolo con un lazo rojo.

Ahugué un pequeño grito cuando los soldados ladraron desde la puerta, golpeándola con violencia para que nos diésemos prisa.

—Ahora vosotras —dijo. ¡Vamos, rápido!

La última visión que guardo de mi cuarto es muy amarga; mi hermana llorando, muda, con la cabeza hundida sobre sus hombros, mientras mi madre, temblando, le cortaba su largo pelo de trigo. Después, llegó mi turno; dicen que el dolor ajeno siempre es más agudo que el propio, y tienen razón. Yo no lloré, y eso que mi madre tiraba con fuerza de mi pelo lastimándome y las tijeras me desgarraban el alma en cada corte. Al suelo cayó el bien más preciado que había tenido hasta entonces, mi pelo. Nunca me lo había cortado.

Cuando mamá finalizó, rechacé la idea de mirarme en el espejo. La perspectiva de Ruth ya era demasiado dolorosa para mí. Abrí de nuevo la maleta y saqué de ella el cepillo, ya no lo íbamos a necesitar. En su lugar, guardé nuestras trenzas, las tres.

Todavía hoy, dos años después, las conservo, las acaricio y, cuando pienso en ellas, alzo la mirada, la mirada de la niña que fui. Ahora, ya no me reconozco en aquella mirada. Ahora ya no sé quién soy.

En mi memoria guardo una foto muy especial, la estampa de aquel momento, de aquel pasillo, de aquella ca-